

*Prólogo:  
El cuento de este libro*

**E**n el año 2002 publiqué una recopilación de artículos periodísticos con el título *Cuentos que fueron noticia*. El libro, en principio, era bastante más voluminoso de como yo lo había previsto. Pedro José Crespo me animó a reducirlo y a publicar aquellos textos en dos volúmenes diferentes. En verdad, fue un acierto, pues el volumen así resuelto contenía una unidad no pretendida pero efectiva. En varias ocasiones Pedro me había animado a recuperar aquellos textos antes desechados. Pero un nuevo libro se cruzó en el camino. En febrero de 2005 salió de la imprenta *El periodista en su soledad*. Parecía imposible recuperar el rastro de un libro que él incluso ya se había atrevido a anunciar pero que nunca alcanzaba a ver la luz.

En mayo viajé a Chile. La profesora Claudia Mellado quería aprovechar mi visita al país para ofrecer a los alumnos de la Universidad de Concepción la oportunidad de celebrar un seminario en el que abordáramos temas que a ellos les podían interesar como eran la relación entre periodismo y literatura, periodismo interpretativo y periodismo de declaraciones y, sobre todo,

el papel del periodista en la sociedad civil. Pese a las movilizaciones en que los estudiantes estaban inmersos aquellos días, aceptaron de buen talante reunirse para debatir sobre la profesión. En efecto, la experiencia fue enriquecedora. Por la tarde, Carlos Oliva, director de *Crónica*, también le pidió a Claudia que me acercara para conversar con algunos periodistas de la redacción. Y así lo hicimos.

Con el escritor y amigo Tito Matamala no tuve tiempo suficiente para adentrarnos en este mundo compartido de la literatura y de las botellas. Me regaló un ejemplar de su *Nuevo manual del buen bebedor* y me confesó que en aquellos días estaba poniendo punto final a otro libro: *Diccionario del buen bebedor*. Me propuso incluso la posibilidad de publicar en España una recopilación de sus columnas periodísticas. En ello estamos.

Con Claudia visité la casa de Pablo Neruda en Isla Negra, un empeño que en mi primer viaje a Chile no pude contemplar. Había leído casi toda la obra del poeta y conocía la casa palmo a palmo con sus mascarones de proa, sus caracolas, las colecciones de botellas y tantos objetos curiosos que fue coleccionando a lo largo de su vida. En el puerto de San Antonio me sorprendió el mercado de pescado barato, los lobos marinos y los pelícanos que acudían al reclamo del pescado que los turistas ofrecían como alimento, el bullicio del gentío entre los tenderetes de artesanos que vendían múltiples objetos inútiles y decorativos. Y en el Santiago nocturno, sentados con dos copas de pisco sour y la sensación de melancolía que envuelve algunos viajes, Claudia me mostró un país que dejaba atrás una historia negra y triste como la de España para componer un nuevo horizonte en el siglo que amanece.

Pero unos días antes, nada más pisar Santiago de Chile, tomamos un avión para Isla de Pascua. Rapa Nui, como a sus habitantes les gusta llamarla, está perdida en medio del Océano Pacífico, a 3.700 kilómetros de Tahití y a 3.800 de la costa chilena, frente al puerto de Caldera. Un lugar poco habitado y natural donde las figuras talladas en piedra, los moais, le añaden un perfil enigmático al paisaje. Una semana de sosiego me permitió concentrarme en temas que había ido dejando a un lado, y volvió a mi cabeza aquel libro que abandoné dos años atrás y que ya tenía hasta título propio: *De la vida y otras anécdotas*. Allí sentí la necesidad de recuperar aquellos textos descosidos que no me dejaban en paz. Es cierto que andaba enmarañado con Claudia en alguna ponencia para un congreso en México y en otro libro que cada día crece por sí solo y que sólo consigo restarme horas de ocio.

A pesar de todo, logré aquellos días poner en orden el desorden permanente de mi vida y me apliqué a reunir aquellos textos dispersos que son los que el lector tiene entre sus manos. El libro está dividido en tres partes. La primera, titulada *Esa sensación frágil y dulce del vino*, recoge textos que abordan de manera monotemática al vino como protagonista. La segunda, *De otros libros*, recupera textos publicados con anterioridad en otros volúmenes. La tercera, *Mujeres, libros y paisajes*, reúne papeles varios aparecidos en distintas publicaciones y que versan sobre esos temas que siempre me inquietan o conmueven.

Este libro, como consecuencia, debe recoger también algunos agradecimientos, que no son sino una dedicatoria compartida. Para Pedro Crespo, que, junto a Manolo, hizo de su librería un lugar de encuentro y de amistad. Para Inés, que nació entre libros. Para Pedro

José y Pepa, a quienes adeudo una confianza sin límites que espero no defraudar. Para mi amigo Rafael Luque, quien después de tantos años me sigue ofreciendo una lealtad inquebrantable, y a quien ya dediqué en su día algunas páginas aquí recogidas. Ahora también para Mamen. Para Tito Matamala, que me enseñó el oscuro y limpio lenguaje de las botellas. Para Claudia Mellado, de quien aprendí, sin que me lo dijera, que las murallas están construidas para derribarlas y los océanos para navegarlos, y con quien he recorrido tres islas que siempre me apasionaron: Cuba, Isla Negra e Isla de Pascua. Y sobre todo para mi hermana Aurora, a quien también dediqué uno de los textos aquí recogidos. Ahora como entonces, y como siempre, de corazón.

Antonio López Hidalgo  
Gelves, junio de 2005